

El doble suicidio del Filomeno Cardozo

Y yo lo conocí, se llamaba Filomeno Cardozo, era uno de esos gauchos que hay en el sur, con pinta de puestero y radio a transistores. Aficionado a todo, taba, truco, mujer ajena, boliche y guitarra. Personaje de los que quedan pocos y nunca hubo muchos. Armaba canto y baile con sólo llegar sonriendo. Para cuentos el mejor, guitarrista, payador y pendenciero como pocos, pero solía andar bueno mucho tiempo. Y mire lo que pasó:

Cayó un día medio tristón a eso de las ocho de la noche al boliche del turco. Todos advirtieron su llegada y esperaron la sonrisa que precedía cuentos, mentiras fabulosas pumas diablos o difuntos. Pero el Filomeno no sonrió.

La gente del campo es paciente. Al rato el Filomeno dijo:

- Ando mal.
- ¿Enfermo che? Preguntó el Turco.
- No, no, ando mal conmigo...

La carcajada fue general, pensaron que era otra de las bromas del Filomeno, pero él con la cabeza apoyada en la mano dijo:

- Ando bastante mal, es que soy tan sinvergüenza que me estafé a mí mismo, me debo plata y no me quiero pagar. Y lo peor es que me ando siguiendo...

La historia del Filomeno Cardozo es de misterio. Lo encontraron apuñalado en su propio dormitorio. El asesino no la llevó aliviada, ya que unas manchas de sangre llegaban hasta el espejo del ropero...

Durante mucho tiempo nadie entro en la casa del Filomeno. Un nauseabundo olor salía del ropero, precisamente detrás del espejo.

La piedra rodadora

Los habitantes de la meseta de Somuncurá, llaman turcos a los inmigrantes sirios y libaneses, y a sus hijos, que se establecieron en toda la Línea Sur de la Provincia de Río Negro, y en el norte de la provincia del Chubut, pero no son los turcos nacidos en Turquía. Este turco que digo, un tal Agustín Nasif, según dice la gente, tenía la piedra ésa.

Es una piedra como un fútbol chico. Negra dicen unos, blanca, otros. Unos dicen que tiene ojos, otros dicen que es lisa nomás. Todos coinciden con que camina y deja un

rastrito, como si alguien hubiera llevado arrastrando una sogá.

La piedra que tenía Agustín Nasif era negra y lisa. La había encontrado en el campo y en contra de las opiniones de toda la paisanada la alzó. Él sabía que eso era peligroso. Una noche, en un fogón, unos paisanos que habían tomado bastante habían hablado de eso. Decían que los brujos depositaban su poder en las piedras. Cuando muere el brujo la piedra queda huérfana y busca un nuevo dueño. Pero para manejarla hay que tener el poder. Algo pasaba con esa piedra. Las piedras no caminan y ésta caminaba hasta arriba del pasto. Pero él era Agustín Nasif y no era paisano.

Cuando Nasif encontró la piedra era pobre. Tenía cuarenta años, era viudo y con tres hijos. El mismo día que la encontró fue al boliche y empezó su fortuna y su desgracia. Ganó a todo lo que jugó. No tenía mucho pero lo suyo aumentó bastante. Tenía trescientas ovejas, salió con quinientas. Entró viudo y salió arrimado y con un hijito chico, porque la Estrella le aumentó la familia.

Al año, Agustín Nasif se había jugado el campo varias veces. Siempre ganó. De las trescientas ovejas ya no se acuerda nadie, ahora esquila seis mil y anda en una camioneta Ford colorada y con radio.

Siempre aumentaba su fortuna de la timba, y la Estrella, fue la primera de una serie de estrellas que se le llegaban a la casa fascinadas por una extraña atracción. No hubo mujer, joven o vieja que se le hubiera negado a Don Agustín Nasif.

Veinte años después, quiso cortar esa racha de suerte que lo acosaba. Todo le sobraba. Vino, mujeres, plata, fiestas. Pero Agustín estaba cansado. Entonces empezó por alejarse de los vicios. No jugaba casi nada. Dejó de tomar. Y la desgracia le llegó. Primero le vino la mancha, y se le murió mucho ganado. Después le agarró ese nudo en el estómago que fue su calvario. El turco que era cabezón como él solo, dejó de tomar del todo. No jugó más. No miró más ni a su mujer. Al mes estaba muerto.

Un sobrino de él, Elías, se apoderó de la piedra. El pobre no tenía ni alpagatas nuevas para ir al entierro de su tío. A los dos meses usaba reloj japonés y un anillo de oro en el dedo chico.

El Campeón

*A la ciudad de Río Gallegos, donde nació.
A Don Quito Acuña.*

Tiene paredes pintadas al aceite, verde oscuro abajo,

rosa viejo arriba. El espejo inclinado como aquellas fotos de parientes, también refleja el taconeado seco de algún parroquiano. La máquina Express ejercita sus vapores. Los ceniceros de aluminio anodizado acusan con la espesa mancha de tabaco, su desapego al agua, su total desconocimiento del jabón. Cinco mesas rodean el mostrador. La tarde las puebla. Pasados cinco minutos de la ginebra de las veintidós, Antonio Pazos se sentó. Hoy es el gran día. Hoy habrá diploma para el que gane.

Justino Sosa, otro de los finalistas dijo:

- Abren cancha que aquí viene el campeón del campeonato.

- Ya te quiero ver a vos.

Antonio Pazos habla tenue.

- Yo a éste, con una sota me le voy al vale cuatro y se lo gano.

Don Quito Acuña, dueño del bar " El Mundo", era también el testigo obligado y el confesor público de un pueblo aburrido. Se paró en el medio del salón y dijo:

- Bueno... se larga el Campeonato. Los que están parados mirando que reculen un paso porque da mucha calor.

Y abrió una baraja nueva.

La noche se hundía con cada golpe de los naipes sobre la mesa, con las carcajadas roncadas y los gritos desdentados.

De repente el silencio se hería a sí mismo con el filo tenso de las miradas. Algunos ojos resplandecen buscando ir más allá de ese rostro. Traspasar la piel.

Apenas se oye un orejeo lejano. Los naipes están apretados, se doblan en las manos sudadas y nerviosas. Algunos porotos parecen vivos, porque alguien mueve una pierna debajo de la mesa.

- ¡Truco!

- ¡Quiero carajo!

Ya ha pasado todo. Se levanta la puerta del mostrador y es imponente ver a Don Quito con la mano levantada mostrando la papeleta blanca.

Por segunda vez Justino Sosa es la envidia de todos los que concurren al bar.

Justino Sosa es el campeón de " El Mundo ", entendés, así lo escribe Don Quito Acuña "Campeón del Mundo." Y firmado por todos.

El palomo

Hoy es once de enero de 1910. Dicen que esta noche es el fin del mundo. Al menos en Buenos Aires. Acá, en el Carmen de Patagones nada es seguro. El cometa Halley se estrellará contra la tierra, dicen. La noticia la trajó el

Palomo, el Palomo de la Patagonia. Mensajero a veces, otras el hombre más veloz, el más esperado. También el más odiado por los padres de hijas que tienen amores contrariados. El Palomo es romántico, y lleva y trae las cartas de los amores imposibles. Y este asunto del fin del mundo ha puesto a los amantes ágiles con la pluma. Sin ir más lejos, su mejor clienta es la hija de cierto magistrado que está embarazada de un oficialito desterrado a Río Colorado.

El Palomo llega al pueblo, varios lo ven pasar al boliche. Hay algo raro en él. Sabe que lo buscan.

La noche del fin del mundo se cumple para el Palomo. Los hombres que lo emboscaron nunca entendieron cómo hizo para entregar esa carta. En su tumba las autoridades hicieron poner: "Alfonso Aravena", eso no importa, durante más de veinte años jamás le faltó una flor.

Las piedras de Loyola

Dicen de Punta Loyola tantas cosas, pero nadie cuenta la verdad sobre el origen de esas piedras. Nadie. Ni los geólogos viejos, ni algunos jóvenes que frecuentan bares y que, bebida la mar de caña, entre eructos, carcajadas o sollozos, digan lo que yo escribo, por increíble que parezca. Dos personas me dijeron lo mismo, uno en mil novecientos cincuenta y ocho y otro ayer, éste, que yo creía mi secreto.

Magallanes, Hernando de Magallanes, aquel hidalgo portugués, cultivado en ciencias y especialmente ocupado en todo lo relativo a navegaciones y geografías, es protagonista de esta historia. Dicen que había averiguado con arte de astrónomos, que saliendo de Gibraltar, singlando al este y atravesando la grande mar océano, se arriba a unas islas llamadas Malucho.

Este hombre estuvo parado aquí, en la misma Punta Loyola. Oiga usted a su cronista, Antonio Pigafetta. En esta hoja ya revestida de historia que nadie puede desmentir, dice: "Bajamos a estas bellas playas por gusto de varones y largamente caminamos sobre esa suave arena blanca. No vimos habitantes en el lugar y eso nos deprimió sobremanera. En verdad todos queríamos tener algún asunto con mujeres, que nos las tenemos desde hace cinco meses que visitamos las tierras del Verzil, donde nos aprovisionamos de gallinas, patatas y un fruto parecido a

una piña de pino que es dulce en extremo y de un gusto exquisito.

Decía que los miembros de la tripulación, habíamos quedado muy interesados en mujeres, un poco más, después del frustrado intento de capturar una giganta en Puerto de San Julián.

Aquí, en este mágico lugar nada existe, ni una piedra para arrojar a la luna o al mar, por el beso de una mujer. Eso dijimos. Con esas palabras. Algunos con voces airadas, otros con pensamientos desvelados. Y toda esa arena desapareció a nuestra vista y aparecieron las piedras. Aunque quisiésemos ver las arenas blancas, estas se habían escurrido dejando paso a las oscuras piedras, que por otra parte brotaron como canteras. Yo, absorto por estas naturalezas maravillosas determiné asegurarme de la veracidad de lo que se veía, para a mi vez contar y entretener a gentes poco amigas de la mar.

Con cierto estado de aturdimiento, apenas me atreví a levantar una de estas piedras para arrojarla al mar y reclamar lo que un hombre merece tener".

Punta Loyola es un lugar muy extraño. Los que allí vamos, quizás con qué intereses, disimuladamente, cumplimos con aquel ritual que Don Antonio Pigafetta no hizo. Arrojamus piedras al mar simulando hacer patitos o juegos de niños, mientras que en los pensamientos recorreremos las jaranas con las indias del Verzil, o los terribles besos de la giganta y alguna otra historia que no fue.



Ilustración: Caroli Williams, Sarmiento, Chubut
Motivada en el relato "El doble suicidio del Filomeno Cardozo"

Ediciones Desmesura
pablojaviergil@yahoo.com.ar
Nº2 - Abril de 2013
San Carlos de Bariloche



CUENTOS
GUILLERMO LUIS RODRÍGUEZ

ILUSTRACIÓN
CAROLI WILLIAMS

S. C. de Bariloche

2

Abril 2013